

Limitaciones de los movimientos sociales en la construcción de un estado progresista en Argentina

Astor Massetti*

Resumen: En este artículo propongo analizar el papel de los movimientos sociales en Argentina desde dos perspectivas: como sostén de los procesos sociopolíticos y como agentes de cambio dentro de la gestión pública. Ambos aspectos definen la actual relación entre los movimientos sociales con el Estado.

Palabras Clave: Movimientos Sociales, Estado, Contexto Latinoamericano

Abstract: I propose to analyze the role of social movements from two perspectives: as you maintain of the sociopolitical processes and as agents of change within the public management. Both aspects define what we could call the relation between social movements with the State.

Key Words: Social movements, State, Latin American Context.

* Dr. en Ciencias Sociales, especialista en Antropología social y política, Sociólogo, Investigador CONICET y del IIGG, Profesor UNMdP y UBA. Mail: astor@sociales.uba.ar.

Introducción: ¿qué lugar tienen los movimientos sociales en el proceso político argentino?

Desde finales del 2000 hasta esta parte, han emergido en el cono sur una serie de gobiernos diferentes. Aquellos anteriores gobiernos dóciles al decálogo neoliberal en la década del noventa perdieron la legitimidad mínima necesaria para garantizar sin más la continuidad de políticas regresivas en lo económico y conservadoras en lo social. Estos nuevos gobiernos por el contrario se mostraron mucho más sensibles a las necesidades populares y repolitizaron las sociedades latinoamericanas; recuperando muchas de las banderas tradicionales del progresismo e incorporando otros nuevos horizontes. Cómo se produjo este cambio es aún en cierta medida una interesante incógnita. Casi de manera intuitiva las ciencias sociales latinoamericanas apuntaron a la dinámica conflictual como uno de los vectores de cambio más relevantes: los nuevos aires políticos responden entonces en gran medida a cambios de expectativas sociales motorizadas por nuevas y viejas tradiciones de lucha; que resistieron al neoliberalismo y opusieron caminos alternativos. Es notorio también que esas tradiciones se forjaron en plena crisis del socialismo real y en el contexto de deterioro del partido de masas como principal herramienta de movilización. La movimientización de las problemáticas sociales emergentes de la neo política liberal es considerada así como el rasgo original del proceso de politización de las sociedades de nuestra región. Tal cambio de expectativas se considera fruto de la movimientización del conflicto social. La demanda creciente de diversos sectores populares y sindicales durante casi toda la década del noventa consiguió aislar políticamente a los partidarios acérrimos del consenso de Washington y abrir la puerta para gobiernos representativos de ese clima de efervescencia social.

La relación entre estos nuevos gobiernos en el nuevo milenio y los movimientos sociales emergentes de los noventa es estrecha; aunque no es tan evidente ni ajena de contradicciones la relación entre estos gobiernos y las organizaciones políticas que encarnaron la movimientización de las problemáticas sociales. Y es precisamente aquí donde los grandes rasgos del proceso latinoamericano ceden a importantes diferencias en los casos nacionales: si bien la dinámica de movimientización fue impulsora del

cambio, la configuración de los nuevos estados latinoamericanos es sensible al proceso de acumulación política que lograran hacer las organizaciones más dinámicas y representativas de la resistencia al neoliberalismo de los noventa.

De las múltiples dimensiones analíticas que exigen estas afirmaciones he trabajado desde el 2002 en el filo de la perspectiva antropológica y sociológica. Lo que en el norte del continente denominan sociología etnográfica [*sociological ethnography*]. Ya que el interés sobre las prácticas o microsociologías de los procesos de organización y movimientización política es una de las preocupaciones centrales de las ciencias sociales en la objetivación de los movimientos sociales contemporáneos (Masetti, 2003; 2004; 2005; 2006 y 2007) y específicamente en su relación con el Estado (Masetti, 2009a, 2009b; Gómez y Masetti, 2009), aquí propongo la incorporación de otra dimensión, más politológica; que por cierto, dado el tratamiento que se le dará, puede parecer más ensayística: la observación del sistema político electoral. Una dimensión poco desarrollada en los análisis de la relación entre movimientos sociales y el Estado en nuestro país. Lo que implica de alguna manera el desafío de reordenar las conclusiones de mis trabajos anteriores para incorporar esta dimensión como clave analítica. Veamos que puede aportar esta perspectiva.

La capitalización de la acumulación política de las luchas de los noventa en la contienda electoral explica en gran medida una especificidad actual de la relación entre los movimientos sociales y el estado en la región, ya que la movimientización de las problemáticas sociales fue levantada de distintas maneras como bandera electoral por conglomerados centroizquierdistas con amplia presencia en el escenario conflictual o en estrecha relación con las organizaciones que lo encabezaban. En Uruguay, el Frente Amplio es representativo de esta doble dinámica de resistencia por medio de la protesta y capitalización en las urnas. Lo mismo para el caso del Partido de los Trabajadores en Brasil o el MAS en Bolivia. En Uruguay, el retorno democrático de 1985 abrió una dinámica bipartidista (los partidos Blanco y Colorado) que hegemonizó la contienda presidencial. Sin embargo, el Frente Amplio uruguayo encaró una estrategia electoral que ya en 1989 le permitió controlar la intendencia del principal distrito (Montevideo) en

manos de quien luego sería elegido presidente, Tabaré Vázquez. El quiebre del bipartidismo y el acceso a la presidencia le llevó al centroizquierdismo uruguayo diez años. En 1994 Tabaré se presenta como candidato presidencial por primera vez y queda tercero, con un 30% de los votos. Cinco años más tarde estuvo a punto de consagrarse presidente logrando ganar la primera vuelta, pero siendo derrotado en el *ballotage*. Recién en el 2004 logra la presidencia con la mayoría absoluta de los votos. Recientemente (2010), el Frente Amplio renovó la primera magistratura. El sindicalista metalúrgico Luis Ignacio de Silva, Lula, fue electo diputado en 1986 para la Asamblea Constituyente que restableció el estado de derecho en Brasil. Fue candidato a presidente por primera vez cuando entró en vigencia dicha constitución en 1989. Y podría haber ganado de no ser por la fuerte campaña sucia ejecutada por los medios en aquel entonces. Vuelve a presentarse en 1994, perdiendo nuevamente. En su tercer intento en el 2002, es elegido presidente con record histórico de votos. Y renueva su mandato en segunda vuelta en el 2006. El caso de Evo Morales tiene parecidos con los de Lula y Tavaré: el sindicalista es elegido diputado por Cochabamba ya en 1997. En la primera tentativa presidencial, en el 2002 queda segundo detrás de Sánchez de Losada, pero consigue ser reelegido como diputado por amplia mayoría. En el 2005, en elecciones anticipadas, es elegido presidente en primera vuelta.

¿Y en nuestro país? Por un lado, el centroizquierdismo argentino en su pico de popularidad no logró cristalizar una herramienta de representación política que se mantuviera en el tiempo. La plataforma "Frente Grande" protagonista del primer ascenso ('94-'95) fue luego subsumida dentro de la más amplia "Alianza" ('97-'99). De más está decir que luego del 2001 (e incluso antes con la renuncia del vicepresidente Álvarez en el 2000) el capital político de esta experiencia se consumió casi totalmente. Está claro que si miramos las experiencias regionales, todos los éxitos electorales se deben a complejos armados; amplias alianzas entre sectores que no necesariamente compartan a fondo una prospectiva política. Y que incluso alguno de los núcleos centrales de las herramientas políticas que protagonizaron las transformaciones políticas regionales, han sufrido importantes cambios en sus horizontes político-ideológicos. Pero

Masetti

estos son procesos a analizar puntualmente, ya que la incorporación de cierto pragmatismo político, renovación de las formas organizativas (por ejemplo el abandono del vanguardismo en partidos de extracción marxista), nuevas dinámicas de sucesión de los liderazgos y de toma de decisiones, son temas centrales a los que quizás nuestra experiencia electoral centroizquierdista de finales de los noventa ni siquiera llegó a plantear. De alguna manera, la necesidad de desarrollar una herramienta política para construir una institucionalidad que permita transformar la sociedad argentina se plasmó más como preocupación que como ejercicio luego de los sucesos del 2001. En varios aspectos bastante difundidos: por un lado la crítica que implicó las prácticas assemblearias y el crecimiento de sectores autonomistas. Por otro lado, precisamente la revisión de las experiencias regionales, especialmente la del Partido dos Trabalhadores y la CUT; vistas por ejemplo por nuestra CTA como modelo de acumulación a desarrollar (Masetti, 2008b; 2009b). Es cierto también que más allá de lo electoral nuevas formas organizativas fueron desarrolladas quizás ya a principios de los '80, pero fuertemente a partir del auge de la movilización social a mediados de los noventa (Merklen 1991; 2002; 2004; Masetti 2003; 2004; 2008b; 2009b). Especialmente en las organizaciones de fuerte anclaje territorial y del sindicalismo opositor. Pero la recuperación de estas experiencias en un armado concreto fue generalmente marginal (quizás el POLO SOCIAL, encabezado por el cura Farinello, que permitió por ejemplo que Luis D'Elía fuera electo concejal por la Matanza, pero no mucho más – Masetti, 2004). Faltó en nuestro país una importante revisión de las prácticas organizacionales que potenciara la construcción de una herramienta. El impacto más fuerte de esta carencia fue en mi opinión, el de limitar la renovación de la dirigencia, sin apostar a los nuevos cuadros forjados en estas experiencias de lucha que crecieron a lo largo de la década del noventa.

Pero más interesante aún es que a diferencia de algunas de las experiencias de la región, en nuestro país esos procesos organizacionales y paradigmáticos no transitan tampoco de la maduración de la representación política que tuvieron tanto las organizaciones como los dirigentes emergentes de los noventa. Como vimos Lula, además de su pasado

sindical, tuvo un rol destacado en la Asamblea Constituyente que llevó a Brasil a la recuperación del estado de derecho. Y más importante aún, fue uno de los protagonistas de la movilización social que, entre otras cosas, logró impulsar el *impeachment* a Collor de Melo (1992). Tabaré Vázquez fue un icono de la política frenteamplista en Uruguay desde finales de la década del '80; y el Frente Amplio, como tal, se funda en 1971. Hugo Chávez fue uno de los emergentes del caracazo de 1992 y cabecilla del posterior golpe de estado de 1994. Evo Morales, antes de incorporarse al MAS (una organización que por cierto tiene remotos orígenes ya en la década del '30), se forjó en el sindicalismo cocalero, destacándose desde la década del '80. Demás está decir la influencia sobre la política boliviana que tuvo la movilización cocalera y la figura de Morales (en la renuncia de Sánchez de Lozada, por ejemplo). Correa en Ecuador quizás sea la figura con menos tradición, pero sin embargo se apoyó fuertemente en el movimiento de los pueblos originarios, con vasta trayectoria (no por eso menos errática, se puede conceder) en la convulsionada política ecuatoriana.

Es cierto que construir linealidades *ex post* es algo caprichoso. Y que las comparaciones resultantes de ello no pueden menos que ser odiosas. Sin embargo: ¿es análoga la trayectoria de dirigentes y organizaciones en el centroizquierdismo argentino de finales de los noventa? Quizás la manera más elegante de responder esto es afirmar: podría haber sido análoga. Argentina pudo haber tenido un Lula, un Tabaré, un Evo. Dirigentes con trayectoria combativa, que se apoyaron e incentivaron el auge de masas de los noventa, que construyeron estructuras organizativas que fueron transformando el escenario político regional. Comparar el fenómeno kirchnerista con estos procesos latinoamericanos es exagerado; aunque esto no implique desestimar el kirchnerismo sino tan sólo destacarlo como fenómeno hasta cierto punto original en la región. Brasil tuvo su crisis política; la tuvo Bolivia; Ecuador y Venezuela. Y todas ellas fueron trascendentes en el alejamiento (no digamos cuán lejos) del neoliberalismo. Pero la salida de esas crisis (como sus orígenes) fue completamente distinta. En Perú por ejemplo, la crisis política que culminó con huída de Fujimori (2000) abrió las puertas para que Toledo (con sangre indígena) fuera una posibilidad de cambio. Pero no fue suficiente. En Argentina, la

Masetti

crisis político-financiera (2001) que implicó la salida de la convertibilidad (2002) actuó como fuerza centrífuga que destruyó el proceso de acumulación política de la centroizquierda con armado electoral, llevando la situación a una foja cero en ese plano y dejando huérfana a gran parte de la alta movilización social que asoció peyorativamente “política” con elecciones y gobierno. La Alianza como expresión al menos mixta; con el núcleo más dinámico del centroizquierdismo; fracasó estrepitosamente. Y con ella se cerró una etapa de acumulación de política.

De esta manera esbozamos dos características centrales que diferencian el caso Argentino del entorno sudamericano: lo errático de la construcción de fuerzas de centro izquierda y la desarticulación entre éstas y los actores más dinámicos en la resistencia al modelo neoliberal de los noventa. No es de extrañar entonces que el proceso iniciado en el 2003, con la sorpresiva adhesión del kirchnerismo a clima político regional, no entrañe limitaciones específicas en lo que se refiere al papel de los movimientos sociales como sostén del proceso político local. El kirchnerismo como fuerza política es una suerte de *anomalía* si se compara con los procesos políticos sudamericanos; si se me permite un giro literario para dar énfasis a la idea de la originalidad del caso argentino.

¿Cómo influyeron estas características en la trayectoria de los movimientos sociales argentinos desde el 2003 a la fecha? ¿Qué se puede vislumbrar en un futuro cercano para estos movimientos? En este artículo propongo analizar el papel de los movimientos sociales desde dos perspectivas: como sostén de los procesos sociopolíticos y como agentes de cambio dentro de la gestión pública. Ambos aspectos definen en grandes rasgos lo que podríamos llamar la actual relación entre los movimientos sociales con el Estado.

Los movimientos sociales como apoyatura natural del kirchnerismo

La particularidad del caso Argentino consiste en que a pesar de que el contexto de recambio de gobierno presenta similitudes y es contemporáneo con el observado en la región en lo que se refiere a la alta conflictividad

social, no logra posicionar a sus protagonistas en un primer plano de la contienda electoral. Por supuesto que hay autores que debido a esta particularidad, más o menos identificada de esta manera, entienden que el gobierno que asume en el 2003 no puede ser más que una continuidad a penas remozada de sus antecesores. Remozada continuidad explicada en aquellos como parte del efecto del "gen peronista" sobre las expectativas sociales (Svampa, 2008). Esta es siempre una discusión recurrente en la politología local y con fuerte énfasis en la norteamericana. Discusión que por recurrente no pierde ni su vigencia ni su interés. Pero aquí no interesa ese enfoque. Sino por el contrario tratar de profundizar en la descripción de la particularidad del caso argentino; especialmente observando la trayectoria de los movimientos sociales que, por su dinamismo, protagonizaron el escenario conflictual que contextualiza el recambio del 2003.

El movimiento de pobres urbano de nuestro país tuvo características de extraordinaria relevancia de cara tanto a la historia de la conflictividad social como a la capacidad de participar y hasta protagonizar el último período del enfrentamiento con el régimen abiertamente neoliberal¹. El movimiento de pobres urbano (mal llamado² movimiento de desocupados)

¹ Por supuesto que estos movimientos no fueron los únicos; como no lo fue el PT en Brasil, ni el FA en Uruguay. Por ejemplo las "asambleas barriales" tuvieron una fugaz pero importante presencia durante el 2002. Como antes la hubiera tenido la experiencia del "Club del Trueque". Es la continuidad en el tiempo lo que hace interesante a esta movimientización; lo mismo que lo extenso de su base social, lo complejo de sus organizaciones y su capacidad de movilización. Hay autores (por ejemplo Pérez, 2010) que afirman que a partir del 2003 se ha abierto un nuevo período de luchas sociales, cuyo centro es la disputa por los recursos naturales y el medioambiente. También es cierto que desde el 2005 han aparecido otras movimientizaciones que hacen aún más heterogéneo el campo político (la discusión sobre la inseguridad y las retenciones; y más recientemente sobre la libertad de prensa). Sin embargo y no como forma de cerrar algún debate, propongo aquí mantener el foco puesto en aquellos movimientos cuya presencia durante los noventa y cuya continuidad hasta el 2005 al menos, pueden permitirnos delinear una trayectoria política que permita a su vez la comparación –sugestiva al menos– con otros casos sudamericanos.

² Las categorías "movimiento urbano de pobres" y "movimiento territorial urbano" son categorías nativas, a decir verdad, con las que me he topado durante el trabajo de campo (2002-2009). Proviene de un sector de los movimientos sociales que no se identifica con el oxímoron "trabajador-desocupado"; que sostienen sectores más cercanos a la tradición marxista. Me interesaron esas categorías porque no restringen la conflictividad social a las problemáticas de empleo, tan arraigadas en las conceptualizaciones sobre "piqueteros" de los años 1998 a 2004 (Scribano 1999; Schuster y Scribano 2001; Schuster y Pereyra 2001; Svampa y Pereyra

Masetti

supo constituirse como un actor novedoso por su composición social, prácticas organizativas y métodos de lucha. Y todo esto a la sombra de un sindicalismo y partidismo “tradicionales” en deterioro. Dado lo extenso de su base social y los fuertes lazos cotidianos de sus estructuras organizativas con ésta, parecía a principios del 2000 que el movimiento urbano de pobres podría trazar una trayectoria de creciente protagonismo en la vida política nacional; teniendo la capacidad potencial no solo de contribuir a conformar la agenda nacional, sino también la capacidad de constituirse como polo de poder vía la asunción de dinámicas de representación institucional. Ninguna de las dos cosas ocurrió, sino todo lo contrario. Para reforzar con una imagen el contraste debemos pensar entre el auge de masas protagonizado por el movimiento de pobres urbano entre 1999 y 2002 versus el reflujo que comienza a observarse en el 2003; y que a partir del 2005 cae ya en una pendiente pronunciada.

En Venezuela Chávez logró construir una fuerza política que incluye un amplio espectro entre movimientos sociales urbanos y el “chavismo” puro. En ellos se apoya cotidianamente para contrarrestar la inmensa resistencia de un sector de la sociedad venezolana. En Brasil, Lula llega al poder con el respaldo de un partido construido lenta pero firmemente durante 30 años, y apoyado también por movimientos sociales de distinto cuño. Tavaré llega la presidencia luego de 20 años de experiencia frentista. Evo Morales y Correa se apoyan en movimientos indigenistas y campesinos de lo más variados. Parecería que al menos a simple vista si algo define a la “vía” latinoamericana es la repolitización de sus sociedades que presentan altos grados de movilización en apoyo a sus gobernantes. Esto por supuesto redefine la relación con el Estado. Relación que por cierto no deja de ser problemática. En los casos, por ejemplo, venezolano (especialmente luego de la derrota en la consulta popular por la reforma constitucional en 2007), la discusión³ sobre la forma de integración de los movimientos sociales y el

2003). Ubicando la problemática en las áreas urbanas y permitiendo incorporar otro tipo de demandas (por ejemplo el acceso a la vivienda). Trabajé estas categorías y su discusión en Masetti 2003, 2004; 2005; 2006; 2007; 2008; 2009^a; 2009^b. Vale aclarar también que el uso de otras categorías nativas se destaca aquí en cursivas, según se estiló.

³ A raíz de la derrota en Venezuela del proyecto de reforma constitucional en diciembre del 2007, la coordinadora Simón Bolívar (integrada entre otras

Estado ha arrojado fuertes reclamos por parte de los primeros; que entienden que el Estado no ha adoptado suficientemente las dinámicas necesarias para que la movilización popular no sea solo en apoyo, sino que los movimientos también tengan ingerencia en la creación de políticas públicas. En Bolivia ocurrió otro tanto cuando se comenzó a desarrollar el proceso constituyente⁴; y eso a pesar que los movimientos indígenas tiene una gran representación a nivel legislativo y ministerial, algo que distingue el caso Boliviano.

¿Era de esperarse que la Argentina siguiera un rumbo parecido? Si tenemos en cuenta la capacidad de movilización e instalación de temáticas que lograron los movimientos sociales en Argentina durante la década del '90, podemos pensar que sí. La inmensa presión y creciente rechazo a los paquetes de medidas de receta neoliberal fue sin lugar a dudas uno de los componentes que explican la coyuntura actual. Y sin embargo, los movimientos sociales no lograron consolidar esa capacidad de movilización para protagonizar el proceso de cambios políticos en Argentina. ¿Por qué? A mi entender son dos causas centrales las que explican este punto particular: (a.1) No logró un consenso programático mínimo que consolidara su carácter de representación de los pobres y/o lucha contra la desigualdad social. Y (a.2) no logró adaptar sus estructuras y prácticas organizativas para acumular un capital político propio capaz de trasladar el escenario de disputa al terreno de la representación política institucional.

a.1) No logró un consenso programático mínimo que consolidara su carácter de representación de los pobres y/o lucha contra la desigualdad social.

organizaciones por el mítico barrio 23 de enero) hizo circular un comunicado en el que se lee: " (...) queremos alertar sobre la peligrosa tendencia de las instituciones públicas de secuestrar, institucionalizar o tutelar al movimiento popular, y de querer institucionalizar también las manifestaciones y movilizaciones populares, la protesta, la respuesta revolucionaria a la derecha, y la propia organización política de los movimientos populares. ¡SI EL MOVIMIENTO POPULAR SE INSTITUCIONALIZA, SE DESMOVILIZA!" (Coordinadora Simón Bolívar, 2 de diciembre de 2007)

⁴ Según la lectura que del proceso hiciera el "Chato" Paredo (hermano del "Inti" Paredo), diputado del MAS e importante referente político de Bolivia. Entrevista realizada por mí en 2006.

A partir de mediados de los noventa comienza a gestarse un proyecto político de centro izquierda que en pocos años logró participar activamente en la política nacional como un eje político insoslayable. El camino comenzado por la Central de los Trabajadores Argentinos en el '91 y sus lazos transversales con el peronismo disidente del grupo de los ocho, fue protagonista de variadas experiencias en el plano electoral. Frente Grande en el '94, Polo Social en el '97 y finalmente la Alianza en el '99. Pero además fue protagonista de las principales acciones de protesta a través del gremio docente; y ya a principios del nuevo milenio, impulsor del Frente Nacional de lucha contra la Pobreza (FRENAPO), una iniciativa que logró instalar de manera vigorosa la temática de la pobreza con la realización de una consulta popular informal que juntó 2 millones de firmas.

Este amplio frente de centro-izquierda fue la plataforma en la que crecieron todas las agrupaciones de corte "piqueterista"⁵. Los movimientos territoriales urbanos tenían su pata sindical en la CTA y a través de ella confluían en el paraguas de este proyecto de centro-izquierda. Pero esa alianza de centro-izquierda se desestructuró a partir de la crisis institucional del 2001. Los partidos de raíz marxista leyeron esa coyuntura como prerrevolucionaria y apostaron radicalizar la confrontación multiplicando las acciones de protesta. Algunos sectores dentro de la CTA leyeron textualmente la coyuntura como "crisis de dominación" no de "hegemonía" (Masetti 2008a y 2009b); entendiendo que la etapa requería la construcción de una herramienta política que permitiera pelear una salida electora. Entre esas dos posturas el FRENAPO no resistió y quedó inmediatamente olvidado (a pesar del éxito de apenas unos meses antes).

Esta fractura de la alianza de centro-izquierda se agudizó. Son evidentes los reagrupamientos que a partir del 2002 reconfiguraron las políticas de alianza y coordinación llevadas a la práctica desde mediados de

⁵ El término piqueterista no pretende ser despectivo. Por el contrario es una denominación que adopté como forma de evitar la perspectiva subjetiva que implicaría hablar de "identidad piquetera" (ya que no me siento cómodo con el uso politológico de una categoría de la psicología). Alude la categoría de "piqueterismo" por el contrario al nivel de las representaciones políticas; donde intencionalmente se combinan elementos simbólicos y repertorios de movilización para diferenciarse en el espacio público. Esta idea la comencé a trabajar en Masetti, 2004 y la desarrollo específicamente en Masetti, 2008a; 2008b y 2009b).

los noventa (Masseti, 2006). Se consolida en ese entonces el Bloque Piquetero Nacional y se acentúa la alianza "matancera" entre la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV) de D'Elía y la Corriente Clasista y Combativa (CCC), agrupación piquetera del Partido Comunista Revolucionario. La tensión entre estos dos agrupamientos llegó al punto más alto a mediados del 2002 a raíz de las lecturas opuestas sobre la masacre del puente avellaneda.

A partir del 2003 se producen nuevas rupturas y reagrupamientos: en todas las agrupaciones hay fracturas generadas en parte por la nueva política oficial de preponderar el trato directo con las bases para otorgar subsidios, priorizando en tal caso a las agrupaciones más cercanas al gobierno⁶. Surgen así nuevas agrupaciones, la más notoria hoy es el Movimiento Evita liderado por Emilio Pérsico; que tuvo un rol importante durante la gobernación de Felipe Sola en la provincia de Buenos Aires.

Es decir, más allá de la persistencia de tradicionales oscilaciones ideológicas que podrían explicar muy a la postre algunos antagonismos, en los hechos el movimiento de pobres urbano fue posible gracias a una practica multisectorial y pluralista (Masseti, 2004). Una amplia alianza en la acción y que constituyó la condición de posibilidad de la emergencia de un movimiento urbano de pobres. Desde ese amplio (y aun indefinido) proyecto multisectorial y pluralista es que emerge la concepción de base del movimiento de pobres urbano: *"el barrio es la nueva fábrica"*. Esta alianza desaparece; debilitando así al movimiento de pobres urbano.

La tensión originada por la posición respecto a la viabilidad del proyecto kirchnerista se agudizó aún más a partir de la aparición de nuevas movimientizaciones sociales de cuño retrógrado: el reclamo de seguridad (Blumberg en el 2005) y el caso de los reclamos anti-retenciones que encarnó la dirigencia de las asociaciones del campo (2009). En este último un sector otrora *piqueterista* apoyó activamente (la CCC del PCR) mientras que otros se mostraron ambiguos. El gobierno que sucedió a Néstor Kirchner sufrió entonces un desgaste que limitó aún más el margen de maniobra en relación de los actores que protagonizaron la "década

⁶ Svampa (2008) denomina a este fenómeno "cooptación".

Masetti

piquetera". Apoyándose en los más comprometidos a la hora de generar manifestaciones de repudio a estas nuevas movimientizaciones, pero acentuando frente a la opinión pública la ya deteriorada imagen de los principales dirigentes (Gómez y Masetti, 2009). Esto, más lo inasible de la realidad en la gestión pública, llevaría ya a finales del 2009 a un nuevo reagrupamiento: Libres del Sur (anteriormente barrios de Pie), comienza a condicionar su apoyo y a mostrarse nuevamente cercano al frente Bloque Piquetero Nacional, dejando a la FTV y Movimiento Evita (junto con una constelación de organizaciones de menor cuantía) como único sostén gubernamental.

a.2) No logró adaptar sus estructuras y prácticas organizativas para acumular un capital político propio capaz de trasladar el escenario de disputa al terreno de la representación política institucional.

Otra vez la referencia a los vecinos del cono sur: Lula llega a la presidencia con una herramienta política que, como en Uruguay, supo disputar primero las concejalías y luego las intendencias y gobernaciones. En nuestro país no existe tal herramienta política. El saldo en ese sentido de la experiencia de la alianza de centro-izquierda es que el tipo de organización que impulsó fue lábil. La experiencia política de la Alianza en ese caso es significativa, ya que sólo impulsó candidaturas sin construir una trama organizativa que perdurara en el tiempo. Los movimientos sociales sólo hicieron pié en las dinámicas de movilización social, por un lado, y por el otro a nivel micro, en las tramas barriales. Pero fueron incapaces de construir un modelo de organización capaz de disputar en el terreno electoral. Y no es que no se halla intentado.

Luis D'Elía impulsó por ejemplo su candidatura a Gobernador de la provincia de Buenos Aires en el 2003, con resultados electorales invisibles (por debajo del punto porcentual). La misma suerte corrieron los candidatos provenientes de otras facciones *piqueteristas*, como el Polo Obrero; que impulsó sin éxito la candidatura de Néstor Pitrola, su principal referente. Otras agrupaciones *piqueteristas*, como la CCC, directamente descartan de plano esta opción y militan por el abstencionismo.

Limitaciones de los movimientos sociales...

La débil incorporación de cuadros devenidos del movimiento territorial urbano en el Estado, no se produjo por la vía electoral sino como incorporaciones al ejecutivo en distintos niveles de gobierno. Las excepciones presentes que podrían considerarse, como el caso de la diputada Victoria Donda, ocurren a partir de la incorporación en las listas del Frente para la Victoria impulsado por Kirchner.

La incapacidad de construir una herramienta electoral puede buscarse en la misma estructura organizacional de los movimientos: a la postre son de hecho redes de organizaciones sociopolíticas, cada una con su problemática cotidiana específica (Masseti 2005; 2006; 2008a), cuya relación con la agrupación contenedora responde más a dinámicas prácticas y no exclusivas (sobre todo a nivel del acceso a los recursos) antes que a la adhesión de un proyecto político único. Además, los procesos de toma de decisiones y los mecanismos de sucesión de los liderazgos nacionales o provinciales no descansan sobre procesos formales. Un nuevo camino parece abrirse sin embargo a partir de las elecciones legislativas del 2009: un sector del otrora *piqueterismo* (Libres del Sur) adopta una estrategia electoral independiente apoyándose en la popularidad de un intendente del conurbano bonaerense: Sabatella. La performance fue bastante buena (400 mil votos), logrando obtener una banca. ¿Cuánto tiempo se mantendrá esta estrategia? Esperaremos quizás a las próximas legislativas para observarlo.

Los avatares de los movimientos en el Estado

a) El Contexto de institucionalización de los movimientos

En el recorrido de esta trayectoria descendente de los movimientos sociales más dinámicos durante la década del noventa, un sector subsidiario o adherente al proceso kirchnerista desarrolla expectativas de participación en la gestión pública. En este contexto de debilidad estratégica, sin embargo, los movimientos sociales encarnan estas experiencias institucionales con la mayor devoción, fundamentalmente por dos motivos: a.1) convencidos que la textura de la coyuntura política necesita profundizar el proceso de contradicciones que supone la salida del "clima" neoliberal; a.2) como forma

Masetti

de profundizar y potenciar un rol social de gestión de las necesidades inmediatas de su base social.

a.1) Texturas y rugosidades en el escenario político

Quizás para la mayoría de los argentinos la candidatura de Néstor Kirchner fue vista como la de un intento de continuidad de Eduardo Duhalde: un presidente débil, atado a la necesidad de la estructura política de la provincia de Buenos Aires. Sin embargo y enigmáticamente, ya durante la campaña algunos sectores del piqueterismo empezaron a pronunciarse tímidamente por este ignoto gobernador del sur. Luis D'Elía realiza su campaña a gobernador de la provincia de Buenos Aires anunciando su adhesión a la candidatura de Kirchner. La sorpresa fue grande, para toda la opinión pública argentina cuando, tanto el discurso de asunción a la primera magistratura, como la relevancia y protagonismo de los invitados más representativos de la izquierda y centroizquierda latinoamericana, pareció catalizar parte del clima de efervescencia social. Al poco tiempo, entre gestos y discursos, el kirchnerismo lejos de tomar a los sectores movilizados como antagonistas generó diálogo y reivindicó demandas y actores (no solo aquellas propias de los noventa, sino también las heredadas de la última dictadura militar). La búsqueda de un alineamiento con el proceso político regional y las críticas al neoliberalismo fueron un fuerte condimento que impulsó a una parte de los movimientos más dinámicos de la conflictividad de los noventa a ver al kirchnerismo como un aliado de peso. Claro está que el propio gobierno nacional respondió a las expectativas políticas abriendo la puerta a la participación activa de aquellos movimientos: "este es un gobierno en disputa" fue la lectura estratégica que emanó desde el propio gobierno nacional. Acentuando aquellos aspectos más progresistas, parte de los movimientos parecieron querer construir un kirchnerismo de izquierda (Masetti, 2009b; Gómez y Masetti, 2009).

La expectativa de fondo de parte de las organizaciones anteriormente *piqueteristas* era en ese momento transformarse en la base de sustentación política del kirchnerismo. Pero el protagonismo de los movimientos sociales

duró poco. Luego de picos de popularidad (como por ejemplo la reunión del ALBA en Mar del Plata en el 2005), la densidad de los movimientos fue desintegrándose. En parte, como ya mencioné, por la propia trayectoria de politización de la sociedad argentina: la aparición de nuevas movimientizaciones de tenor retrógrado o al menos conservador. En parte por la propia desmasificación de las organizaciones que, a) habiendo abandonado la dinámica de confrontación directa con el estado (desmovilizándose) perdieron visibilidad como fuerza política representativa de intereses sociales y b) dejando a sus líderes en una frágil situación frente a los ataques mediáticos (deslegitimación) (Gómez y Massetti, 2009; Massetti, 2006; 2009b).

Hacia finales del gobierno de Néstor Kirchner, con la decisión de buscar aliados incluso entre lo más rancio de la política tradicional distrital y con el reflote del PJ como estructura de sustentación, los movimientos sufrieron una derrota táctica quedando aislados. La insuficiente representación de líderes de los movimientos en las listas kirchneristas en las elecciones del 2005, 2007 y 2009 fue notoria (Gómez y Massetti, 2009).

Para colmo de males, a partir de las elecciones del 2007, recambio presidencial por medio, una nueva lectura aparece en el escenario: “*se viene la derecha*”. El avance electoral de sectores que reivindican claramente viejos postulados noventistas sumado a las nuevas movimientizaciones retrógradas (Blumberg, Campo) y el aumento de participación política contraria de sectores de los medios inició una lectura de una “*contraofensiva*” neoliberal. Para las muchas organizaciones que abrazaron el kirchnerismo fervientemente esta contraofensiva es razón más que suficiente para seguir apoyando incluso desde la debilidad. Para otras, sin decirlo abiertamente, el kirchnerismo como fenómeno está agotado o en vías de extinción y buscan nuevas alternativas (Gómez y Massetti, 2009).

Cuatro debilidades confluyen en las experiencias en el Estado de aquellos movimientos sociales: la propia incapacidad de generar alternativas electorales, el debilitamiento político fruto del propio del cambio de dinámica al pasar de opositores a adherentes del gobierno nacional; la pérdida de ascendencia frente a la opinión pública y a la postre de

referencia dentro del proceso kirchnerista; y el nuevo contexto político de fuerte reconstrucción de la capacidad de representación y visibilidad de los sectores más retrógrados (Gómez y Masetti, 2009; Perelmiter, 2010; Cortez, 2010).

a.2) La organización colectiva de las necesidades

Pero además de estas debilidades otras se pueden pensar cuando comprendemos que parte del proceso de acumulación política de los sectores que resistieron a las políticas neoliberales en los sectores populares provino de la importancia que se le dio a la organización de la resolución colectiva de las necesidades más urgentes. Comedores populares, apoyo escolar, acceso a planes sociales, etc., conformaron una amplia gama de recursos que sirvió para paliar las necesidades más urgentes de la población más golpeada por el deficiente o nulo acceso al salario. Las organizaciones *piqueteristas* son tales porque hicieron de la dinámica de reclamar recursos al estado su principal estrategia de acumulación política, reconstruyendo una vasta trama social en cada barrio, armando una compleja red de organizaciones políticas que garantizó además su capacidad de movilización. El acceso a los recursos provenientes de la protesta fue un fuerte imán para vastos sectores de la población disgregados y en abandono de las políticas públicas; conteniendo y organizando la bronca (Merklen, 2004; Masetti, 2004; 2005; 2006).

A partir del 2003 dos procesos van a modificar esta configuración: por un lado la recuperación económica permitió que el acceso al salario fuese mucho más fluido que durante la década anterior. Por lo que las estrategias de resolución colectiva de las necesidades más urgentes perdieron su centralidad en función de la supervivencia cotidiana (aunque no necesariamente su carácter socialmente inclusivo). Un claro ejemplo de esto es el desmantelamiento del Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados. Dicho plan, que llegó a un pico de 3 millones fue un importante recurso en un momento de crisis económica aguda para la población. Y un fuerte estímulo que impulsó masivamente a la población hacia tareas comunitarias: según un informe del Banco Mundial del 2002, el 90% de

estos planes ejercían su contraprestación obligatoria en alguna organización comunitaria. Este plan empero, fue declinando su cantidad de beneficiarios hasta ser absorbido por otros planes que en conjunto no suman hoy los 400 mil beneficiarios (Guimenez, 2004; Grassi, 2004; Donatello et Al, 2005; Massetti, 2005) cambios en materia de política social asistencial impactaron fuertemente en las formas organizativas del *piqueterismo*: la refocalización y el cambio de los requisitos de obligatoriedad hicieron innecesaria la contraprestación en organizaciones comunitarias. Y al mismo tiempo las organizaciones comunitarias fueron empujadas a complejizar sus tareas: bajo la idea (más que modelo) de la economía solidaria se intentaron cientos de miles de proyectos productivos de distinto calibre que impactaron en las dinámicas organizacionales.

La compleja trama de organizaciones comunitarias que fue el sustento de la capacidad de movilización de los noventa dejó de tener un centro político único, relacionando directamente con el Estado a través del acceso a planes de micro-economía comunitaria. Lo que implicó de alguna manera la "ONGización" (Masseti 2008^a; Massetti, 2009b) de las organizaciones; profesionalizando a muchos de sus cuadros. La ongización implica también una repolitización: no es ahora la protesta la forma de lograr recursos de gestión comunitaria. Sino en tal caso la cercanía o la capacidad de interlocución dentro del contexto político. Es por esto que algunos autores hablan de "cooptación" (Svampa, 2008): entendiendo que para el acceso a los recursos es condición imprescindible abandonar la beligerancia sociopolítica. Enfoque interesante pero que ignora que precisamente el motor del proceso de movilización de los noventa, específicamente en los sectores populares, fue el acceso a los recursos; y no una idealizada meta político-ideológica sin mas (Masseti 2004; 2006).

b) Los movimientos en el Estado

Con estas cuatro debilidades a cuestas y con la marca indeleble de la importancia del acceso a los recursos como capital político, las organizaciones adherentes al proceso kirchnerista (leído como *gobierno en disputa*) realizan sus experiencias institucionales en el Estado. Se puede pensar en el alcance de tal institucionalización entendido tanto en cuantía

Masetti

de experiencias como de relevancia institucional de las mismas. Especialmente mirando los procesos de acercamiento de los movimientos sociales en los distintos niveles de los poderes ejecutivos podemos afirmar que lo que caracteriza en rasgos generales y provisorios al alcance de la institucionalización es su carácter marginal y efímero (Gómez y Masetti, 2009). Desde el punto de vista jerárquico, por ejemplo en dos casos dentro del poder ejecutivo nacional adquirieron el nivel de subsecretarías; creadas *ad hoc* (el caso de Luis D`Elía al frente de la Subsecretaría de Tierras para el Hábitat Social en el ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios –Julio de Vido- y el de Jorge Ceballos, Subsecretario de Organización y Capacitación Popular del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación –Alicia Kirchner). La más larga de estas experiencias fue la de Ceballos, que estuvo a cargo de la subsecretaría entre el 2006 y diciembre del 2008, cuando se produce el alejamiento de Libres del Sur del kirchnerismo. Esta subsecretaría aún funciona y mantiene una estructura de 27 personas divididas en dos direcciones pero ahora en manos del hombre ligado a Hugo Yasky de la CTA, Juan Pablo O'Dezaille. La suerte de la subsecretaría de D`Elía fue más errática. Como subsecretario duró menos de un año, acorralado por una fuerte reprobación mediática y los acosos parlamentarios de la senadora Hilda Duhalde. Aunque la subsecretaría siguió bajo el control de la FTV hasta que en el 2008 fué sacada del ministerio y “colgada” del organigrama de la Jefatura de Ministros. La subsecretaría de D' Elía tuvo un importante presupuesto; y dentro de él nada menos que el “programa arraigo”, uno de los instrumentos más vastos en materia de vivienda popular. Sin embargo, lo volcado en los papeles no siempre se corresponde a las dinámicas propias de la gestión; siempre enfrentada con las lógicas propias de los distintos estamentos anquilosados en el Estado (Gómez y Masetti, 2009; Masetti, 2009b; Perelmiter, 2010; Cortez, 2010). Lo interesante es que ambas experiencias recuperan la expertise de los movimientos sociales desarrollada en largos años de trabajo sobre cuestiones clave como la vivienda y la organización de los sectores populares.

La evaluación del éxito o fracaso de estas experiencias en función a indicadores objetivos (por ejemplo recursos manejados y su relación con los

presupuestos nacionales, cobertura nacional, grado de ejecución, etc.) es una tarea pendiente y necesaria. Esta tarea aún la estamos desarrollando junto a Marcelo Gómez en el marco del proyecto *Impacto en la relación entre acción colectiva contestataria sobre el Estado y el régimen político en Argentina entre 2002-2010*. Pero el objetivo es realizar un registro tal que permita dimensionar estas experiencias de manera más precisa. Un mapeo también de todos los cargos legislativos y sus productos (proyectos presentados, aprobados, etc.) es también un objetivo conveniente a lograr en nuestro proyecto. Lo que hemos registrado hasta el momento es más bien de carácter expresivo (percepciones que los propios actores tienen de esas experiencias; que no es poca cosa, pero sin sistematizar objetivamente los resultados). Y también un registro exhaustivo de experiencias más pequeñas. Por esto estamos frente a un problema de investigación antes que de conclusiones definitivas en la comprensión de este aspecto del fenómeno.

Para terminar, lo que se puede extraer como una particularidad de este proceso de institucionalización desde los ojos de los participantes es el desafío que implican estas experiencias. La lectura política de la coyuntura en clave de *gobierno en disputa* y la biografía de los participantes -provenientes de la militancia en las organizaciones- le imprime al proceso de institucionalización una tensión originada en el choque de dos lógicas distintas (Gómez y Massetti, 2009; Massetti, 2009b; Perelmiter, 2010; Cortez, 2010). Militancia y trabajo burocrático no son formas que se articulen de manera sencilla. De este choque civilizatorio se pueden extraer dos elementos: a) el sentido de cambio de rol y b) el encierro administrativo.

Sobre el primer elemento una pequeña anécdota que sirve para entrar en clima pasados ya unos años. Sepa disculpar el lector el tenor coloquial necesario para dimensionar la anécdota. Allá por el lejano 2006 observé la incorporación de algunas organizaciones sociopolíticas al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (Massetti 2009a y 2009b). Luego de mucho trajinar se logró disponer de un móvil, una *traffic* con los logos e inscripciones del Gobierno de la Ciudad visibles en los lados, para el traslado de los ya 60 participantes en esta experiencia hacia los distintos

Masetti

barrios de la capital donde se realizaban acciones. El día en que se estrena el flamante móvil nos subimos unos cuantos en dirección a "ciudad oculta". No habían transcurrido dos cuadras cuando, detenidos en una boca calle, escuchamos las primeras puteadas. Gente humilde, transeúntes, laburantes fueron los ocasionales agresores verbales a esta caravana circense. La sorpresa de los viajeros fue grande: era la primera vez que recibían una probadita de la falta de legitimidad de los poderes públicos. Se los asociaba sin matices con el gobierno. Estos pasajeros, militantes sociales de toda la vida se descolocaron: ¿Cómo los puteaban a ellos que precisamente estaban ahí para cambiar las cosas? Desde entonces la conciencia de cierto cambio de rol al asumir el "*traje de funcionario*" se tornó clara y se abordó como un desafío: había que ser otro tipo de funcionario; "*militar desde el estado*".

"*Militar*" desde el Estado implica además superar todos aquellos mecanismos que son interpretados como obstáculos para el éxito de la gestión (Gómez y Masetti, 2009; Masetti, 2009b; Perelmiter, 2010; Cortez, 2010). Tanto los tiempos, circuitos administrativos, protocolos y dependencias como las propias lógicas de los empleados que estaban allí antes del "*arribo*" del grupo militante son obstáculos que son vividos como una "*máquina de impedir*". A todos ellos el militante responde con voluntarismo: trabajando más, involucrándose personalmente en cada tema y buscando responder a los requerimientos de su base social. Pero el desconocimiento de los procedimientos y la a veces escasa capacitación de los cuadros terminan por acentuar las brechas entre el staff de planta permanente y los militantes; generando climas de no colaboración, cuando no en sordas guerras soterradas. La necesidad por responder desde la hipotética función que se desarrolla a los requerimientos de la población que se acerca o es naturalmente beneficiaria de estas políticas es una característica positiva de estos cuadros. Sin embargo, limitaciones presupuestarias, de competencias o vínculos deficientes con las dependencias pertinentes suelen llevar a un callejón si salida (Gómez y Masetti, 2009; Masetti, 2009b; Perelmiter, 2010; Cortez, 2010).

Palabras finales

Sintetizando podemos decir que los movimientos sociales parten de un estado de debilidad relativa. Es cierto que la gran capacidad de movilización creciente que se observó principalmente desde mediados de los noventa hasta el 2003 fue uno de los factores que contribuyó indudablemente al cambio político en nuestro país, obligando a la necesidad de cualquier intento gubernamental de intentar construir su legitimidad sin oponerse al cúmulo de demandas sociales que expresaron estos movimientos. Pero aún así, la incapacidad de construir una herramienta electoral consistente y duradera, coherente con las demandas expresadas en la protesta social, le imprimió al proceso político argentino una particularidad: la de la debilidad estratégica de los sectores políticos más dinámicos. La movilización buscó ampliar su consenso a sectores de la población que tradicionalmente se encuentran desmovilizados y apáticos. El mecanismo de buscar la adhesión indirectamente vía los medios de comunicación preponderó antes que el esfuerzo por construir alianzas políticas o "de clase" más consistentes (Masseti, 2004; 2006; 2009b). Cuando en el 2003 emerge el kirchnerismo, los actores políticos de la resistencia al neoliberalismo fueron en gran medida sorprendidos por la nueva etapa que se abría. Lo que no quiere decir que no supieran aprovecharla, presionando para definir más hacia la izquierda a las políticas públicas. Durante el auge romance entre los movimientos sociales y el kirchnerismo (2003-2005) esta operatoria pareció dar resultado. Sin embargo a partir de nuevas movimientizaciones (primero Blumberg y luego el campo) la opinión pública pareció dar un claro vuelco en sus expectativas, apareciendo demandas incluso contradictorias con el tramado de expectativas en clave progresista que parecía hegemonizar el contexto local. A partir de entonces el kirchnerismo buscó apoyatura en los gobiernos locales y provinciales y cerró filas en la lucha por reconquistar el partido justicialista. Ya en las elecciones del 2005 quedó claro que la representación en las listas de los movimientos sociales sería marginal. Este cambio de estrategia fue a las claras uno de los elementos que se transformaría en un factor de ruptura de una buena parte del piqueterismo

hasta entonces aliado al kirchnerismo. Libres del sur en el 2009 encabezó su propio proyecto electoral en alianza con un intendente del conurbano... y no le fue tan mal. Desde el punto de vista de la representación electoral, queda aún por verse si hay espacio para la construcción de alternativas centroizquierdistas por afuera del espectro kirchnerista.

Quizás por esta rareza que implica la emergencia de un proceso dentro de un proceso fallido (el kirchnerismo dentro de la incapacidad de representación de los movimientos sociopolíticos) es que algunos autores (Svampa, 2008) niegan de plano incluso la representación popular y progresista de los movimientos sociales que se involucraron a partir del 2003. Para estos autores, la óptica del análisis sigue proponiendo la autonomía de los movimientos en el proceso político actual, ya que el mismo se mide en una clave dicotómica de mera continuidad (acicalada apenas) con el modelo gubernamental de los noventa. Y la participación de los movimientos en este proceso sólo les resta capacidad de transformación de la sociedad.

No podemos estar más en desacuerdo. Porque más allá de la valoración de los gobiernos nacionales desde el 2003 hasta esta parte, es claro que la dinámica política que le imprimió a los movimientos sociales es también en gran medida de fortalecimiento. No ya como organizaciones principalmente movilizantes, sino en complejas tramas sociales con cierta capacidad de creación de soluciones colectivas a las necesidades inmediatas y cierta profesionalización de cuadros. Además de haber logrado sortear el coto de lo meramente reivindicativo que caracterizó a la protesta de los noventa, para sumar demandas y temáticas políticas en sentido amplio. *Salir de lo social hacia lo político*, como lo denominan las propias organizaciones. La forma de relación entre las organizaciones sociopolíticas y su base social ha cambiado, reduciendo el foco puesto en el ejercer demanda como herramienta central, para incorporar precisamente otros desafíos: entre ellos una relación especial (impensada en relación con la capacidad de representación electoral) con el estado.

Aún así, los acotados intentos de institucionalización de los movimientos sociales en el Estado son en el caso argentino un antecedente

a ser observado con fuerza. Ya que la capacidad que tengan los movimientos en demostrar la viabilidad de su representación en tanto que "gestores" de la necesidad puede abonar su legitimidad frente no sólo a sus bases sociales sino a la sociedad toda. Pero es cierto que, desde el punto de vista de la gestión, las experiencias no han dejado de tener un sabor agri dulce. Grandes expectativas realizadas en pequeñas acciones discontinuas en un contexto de debilidad política creciente.

La sorpresa o "anomalía" kirchnerista dividió las aguas de los sectores más dinámicos de la protesta durante los noventa. Pronto algunos se alinearon y entendieron que la consigna "*hacer de cada barrio un piquete*" debía ser dejada de lado. Una suerte de "vigilancia" pareció ser lo que caracterizó a los movimientos que "*dejaron la calle*": la idea de que el kirchnerista era un "*gobierno en disputa*", en el que había que participar para afianzar la tendencia que parecía sugerir. Desde la consigna "*éste es un gobierno en disputa*" que sintetizó la búsqueda de participación y de poner en tensión el proceso kirchnerista durante el período 2003-2008, hasta la actual "*se viene la derecha*" se observa un importante cambio en las expectativas de los movimientos sociales en Argentina en relación con el posicionamiento frente al gobierno en particular y el Estado en general. La diferencia entre ambas consignas revela un cambio de escenario: no se trata ya sólo de un gobierno en disputa (que entraña, dicho sea de paso una visión compleja y plural de la acción de gobierno y no toma el Estado como un todo cerrado) sino de una *sociedad en disputa*. ¿Implica esto que la disputa al interior del gobierno se ha perdido? Si se ven las experiencias de los movimientos sociales en el Estado se puede pensar que la inercia burocrática por un lado y el contexto político por el otro las han aislado. Y es probable que sean, las que aún subsisten, cada vez más marginales e impotentes para marcar una tendencia efectiva. Puede hablarse quizás de una derrota táctica sin ser demasiado pesimista en este aspecto. Lo que traslada el nivel de participación de los movimientos casi exclusivamente a la arena política. Hoy, las herramientas de representación política y electoral de los movimientos están en punto inicial. Las alianzas constituidas durante los noventa por supuesto no prosperaron. Las constituidas con posterioridad al 2003 sufrieron fuertes cimbronazos y agonizan. Quizás el

Masetti

escenario político esté aún demasiado incierto para permitir nuevos realineamientos. De cara al proceso electoral del 2011, es posible que las organizaciones sociopolíticas se sigan alineando con el kirchnerismo como lo han venido haciendo. Si gana, las tendencias actuales al interior de las organizaciones seguirán su curso actual: la lenta búsqueda de expresiones propias en algunos casos, alineamiento total en otros. Pero, ¿si pierde? ¿Si gana un candidato asociado a esta nueva derecha, se recuperará la dinámica de confrontación que caracterizó a los movimientos hasta el 2003?

Bibliografía

Documentos e Informes oficiales

BANCO MUNDIAL (2002) *La crisis argentina y su impacto en el bienestar de los hogares*. Documento de trabajo n.1/02.

CENTRO DE ESTUDIOS LEGALES Y SOCIALES (2003) *Plan Jefes y Jefas ¿Derecho social o beneficio sin derechos?*

SIEMPRO (2003). *Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados: impacto y características de los beneficiarios*.

Bibliografía utilizada

CORTEZ, Martín (2010). *Movimientos sociales y Estado en el "kirchnerismo". Tradición, autonomía y conflicto*. En: Masetti, Villanueva y Gómez (comps). *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*. Buenos Aires: Nueva Trilce.

CRAVINO, María Cristina (1998b). *Las organizaciones villeras en la Capital Federal entre 1989-1996. Entre la autonomía y el clientelismo*. En: 1er Congreso Virtual de Antropología y Arqueología, Octubre de 1998 <<http://www.naya.org.ar/congreso>>

DELAMATA, Gabriela y ARMESTO, Melchor (2005). *Construyendo pluralismo territorial. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales*. En: Delamata, Gabriela (comp). *Ciudadanía y Territorio*. Buenos Aires: Espacio.

DINATALE, Martín (2004). *El festival de la pobreza. El uso político de los planes sociales en la Argentina*. Buenos Aires: La Crujía.

DONATELLO, Luis Miguel; GIMÉNEZ BELIVEAU, Verónica y SETTON, Damián (2005). *Trayectorias socio-religiosas en contextos de vulnerabilidad: jefas de hogar receptoras de planes sociales en un barrio de San Francisco Solano*. En: Mallimaci, F. y Salvia, A. *Los nuevos rostros de la marginalidad*, Buenos Aires: Biblos.

FORNI, Floreal (2002). *Pobreza y territorialidad*. En: Forni, Floreal (comp.) De la exclusión a la organización. Buenos Aires: Ciccus.

GÓMEZ, MARCELO y MASSETTI, Astor (2009). *Los Movimientos Sociales Dicen*. Buenos Aires: Nueva Trilce.

GRASSI, Estela (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal (I)*. Buenos Aires: Espacio.

GRASSI, Estela (2004), *Problemas de la teoría, problemas de la política. Necesidades sociales y estrategias de política social*. En: Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV. número16. Verano 2004 -

GRILLO O., LACARRIEU, M. y RAGGIO L. (1995). *Políticas sociales y Estrategias habitacionales*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

GUIMENEZ, Sandra (2004), *Políticas sociales y los dilemas de la participación*. En: Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV, número16. Verano 2004.

GURRERA, María Silvana (2005). *La redefinición del conflicto social. La conformación de la Central de Trabajadores Argentinos*. En: Delamata, Gabriela (comp.) *Ciudadanía y territorio*. Buenos Aires: Espacio.

JACINTO, Claudia y BESSEGA, Carla (2002). *Un lugar en el mundo. Jóvenes vulnerables en búsqueda de espacios de inclusión social*, En: Forni, Floreal (comp.) De la Exclusión a la organización. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.

IÑIGO CARRERA, Nicolás (2002). *Piqueteros: los caminos de la protesta popular*. Buenos Aires: Enfoques Alternativos.

MALLIMACHI, Fortunato y GRAFFIGNA, María Laura (2002). *Constitución de redes y movimientos sociales solidarios como estrategia de satisfacción de necesidades*. En: Forni, Floreal (comp). *De la exclusión a la organización*. Buenos Aires: Ciccus

MASSETTI, Astor (2003). *De cortar la ruta a transitar la ciudad*. Programa de Antropología Política y Social. FLACSO. Documento de trabajo N° 2. AR-FLACSO/15325. 43 páginas.

MASSETTI, Astor (2004a). *Piqueteros: Acción de protesta e identidades colectivas*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.

MASSETTI, Astor (2004b). *¿Protesta social o lucha de clases?*. En: Revista Laboratorio N°15. IIGG, FSOC, UBA.

MASSETTI, Astor (2005). *La pobreza como disputa política*. En: Mallimaci, F. y Salvia, A. *Los nuevos rostros de la marginalidad*, Buenos Aires: Biblos.

MASSETTI, Astor (2006). *Piqueteros eran los de antes: Sobre las transformaciones en la Protesta Social en Argentina*. En: Revista Laboratorio N°19. IIGG, FSOC, UBA.

MASSETTI, Astor (2007). *Comedores comunitarios como estrategias de supervivencia: el caso del Centro de Actividades Comunitarias de La Boca*.

Masetti

En: Salvia, A. y Chavez Molina, E. (comp) *Sombras de una marginalidad fragmentada*, Buenos Aires: Ed. Miño y Dávila.

MASSETTI, Astor (2008a). *Las trayectorias de politización de la pobreza urbana en Argentina (1983-2005)*. Tesis doctoral (mimeo).

MASSETTI, Astor (2008b). *Piqueteros o la política como voluntad de representación*. En: Villanueva, E y Masetti, A. (comp.) *Movimientos sociales y acción colectiva en la Argentina de hoy*. Buenos Aires: Prometeo.

MASSETTI, Astor (2009a). *Cuando los movimientos sociales se institucionalizan: crónica sobre la experiencia en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. En: Delamata, Gabriela (comp.) "Las transformaciones de la ciudadanía en las movilizaciones sociales de la Argentina contemporánea". Buenos Aires: Miño y Dávila.

MASSETTI, Astor (2009b). *La década piquetera*. Buenos Aires: Nueva Trilce.

MERKLEN, Denis (1991). *Asentamientos en La Matanza*. Buenos Aires, Catálogos.

MERKLEN, Denis (2001). *Un pobre es un pobre*. Buenos Aires, Revista de trabajo social.

MERKLEN, Denis (2002). *Le quartier et la barricade*. Atelier Argentine, CEPREMAP, Ecole Normal Supérieure de Paris.

MERKLEN, Denis (2004). *Sobre la base territorial de la movilización popular*. En: Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV. número16. Verano 2004

NOVACOSKY, Irene; SOBRÓN, Claudia y BOTZMAN, Mirta (1997). *Evaluación diagnóstica del programa Trabajar I*. Buenos Aires: SIEMPRO.

PERELMITER, Luisina (2010). *Militar el Estado. La incorporación de movimientos sociales de desocupados en la gestión de políticas sociales. Argentina (2003-2008)*. En: Masetti, Villanueva y Gómez (comps). *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*. Buenos Aires: Nueva Trilce.

PEREZ, Germán (2010). *El malestar en el concepto Ejes de un debate teórico acerca de los movimientos sociales en Latinoamérica*. En: Masetti, Villanueva y Gómez (comps). *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*. Buenos Aires: Nueva Trilce.

SCHUSTER, Federico y PEREYRA, Sebastián (2001). *La protesta social en la Argentina democrática*. En: Giarraca, Norma (comp). *La protesta social en la argentina*. Buenos Aires: Alianza.

SCHUSTER, Federico y SCRIBANO, Adrián (2001). *Protesta social en la Argentina de 2001*. En: OSAL, Septiembre de 2001. Pág.19.

SCRIBANO, Adrian (1999). *Argentina cortada: cortes de ruta y visibilidad social en el contexto del ajuste*. En: LOPEZ MAYA, M. (ed). *Lucha popular*,

Limitaciones de los movimientos sociales...

democracia, neoliberalismo: protesta popular en América popular en los años del ajuste. Caracas: Nueva Visión.

SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2003). *Entre la ruta y el barrio*. Buenos Aires: Biblos.

SVAMPA, Maristella (2008). *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: SXXI.

TARROW, Sydney (2000) *El poder en movimiento*. Madrid: Alianza.

TILLY, Charles (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.

TORRES, Pablo (2002). *Votos, Chapas y Fideos*. Buenos Aires: De la Campana.

TROTTA, Miguel (2003), *Las metamorfosis del clientelismo político*. Buenos Aires: Espacio.

VILLANUEVA, Ernesto y MASSETTI, Astor (comp) (2008). *Los movimientos sociales en la Argentina de Hoy*. Buenos Aires: Prometeo.